

—¿También me insultas? ¿acaso te hemos ofendido?...

El marqués la miraba estático; ella, mirando á los dos caballeros con desprecio, se volvió hácia Cristina.

—¿Te acuerdas, dijo, de la noche en que murió la condesa de Paraná, marquesa de Blancarosa?

—La tengo bien presente, murmuró la interpelada con voz sombría.

—Y bien: ¿no te recomendó su hija, su dulce Alejandrina, entonces una niña que, á falta de su madre, buscaba tu amparo generoso?

—Es verdad: ¿qué me quieres decir?

—Deseo preguntarte, ¿qué has hecho de aquella niña? ¿La súplica de una moribunda no conmovió ninguna fibra de tu pecho?

—La tuve cerca de mí, cuidándola con esmero hasta que cumplió doce años.

—Hasta el día 17 de Julio de 1834, ¿no es cierto?

—Sí; esa es para nosotros una época muy fatal; en el mismo día murió Alejandrina y su padre.

—Del cólera ¿eh?... ¡funesto cólera!.... ¡y de cuántos crímenes fué manto!.... exclamó con irónico acento la hermosa jóven riendo con una risa convulsiva que agitaba su pecho.

—Estás sarcástica por demás, bella cartaginesa, la dijo Cristina un poco alterada.

—¿Y qué quieres? la ironía es natural cuando se opone á un fingimiento tan profundo como hábilmente calculado.

—¿Qué quieres decir?

—Una cosa muy sencilla y muy clara, escúchame.

—Veamos si tú vas á forjar otra novela.

—Novela no: es un episodio sangriento de aquel funesto día en que tú fuiste la heroína; tu marido y D. Severo los verdugos; el marqués y su hija las víctimas, y yo en este momento voy á ser el juez de tan horrible causa.

—¡Dios mío!.... murmuró aterrado D. Alvaro.

La marquesa, sin acabar de perder la serenidad, exclamó:

—Tú quieres sin duda amedrentarnos haciéndote eco de ciertos

rumores que una dama mal intencionada ha propalado esta noche por aquí; siendo por cierto bien poco generoso que la señora de la casa permita semejante maldad, y convide á su magnífica soirée á personas elevadas que gozan buena reputacion, con el único objeto de infamarlas.

—¡Oh! ¡qué indignada estás!... ¿sabes que desempeñas muy bien el papel de víctima ultrajada? exclamó la máscara riendo de una manera tan sarcástica, que su risa llamó la atencion de algunos convidados que se detuvieron á escuchar tan animada broma.

Cristina, conociendo que iba otra vez á ser objeto de la atencion general, la dijo:

—Mira, si tienes algo que decirme, retirémonos, ¡qué necesidad tenemos de que nadie comente á su antojo nuestras palabras!

—Es que como lo que voy á decir lleva el sello de la verdad, no me importa revelarlo en alta voz; si á tí te importa, corriente: nos esconderemos como los criminales, donde nadie nos oiga.

—Habla, habla; á tus argumentos no es posible replicar, dijo la marquesa mordiéndose los lábios con despecho.

—Tú sabes muy bien que el anterior marqués de Blancarosa, D. Jorge Lopez Mendoza, murió envenenado, y no del cólera, segun acabas de decir.

—Es la primera noticia que tengo de semejante crimen, dijo la marquesa.

—¿Y Vds., señores, no lo sabian? interrogó la máscara dirigiéndose á D. Alvaro y á D. Severo.

—No, señora, contestaron trémulos y aterrados.

—Es bien estraño por cierto; en fin, proseguiré, dijo la máscara, chispeantes de indignacion sus hermosos ojos. El marqués fué atacado del cólera; pero se salvó, estaba mejor, y como á un cierto primo suyo conviniera su muerte, resolvió hacerle tomar un veneno, lo cual ejecutó con la ayuda de un malvado fraile tan infame como él, y hostigados ambos sin duda alguna por una tal Cristina, muger marcada en la oreja izquierda por no sé qué historia inmoral.

La marquesa, su marido y D. Severo, al ver descubiertos todos



sus crímenes y publicados en [alta voz en unos salones donde se hallaba todo lo mas florido de la aristocr cia madrileña, estaban avergonzados, llenos de terror, y creyendo ver á cada instante que la justicia se apoderaba de sus personas.

Sin embargo, como la marquesa llevaba el rostro cubierto, alimentaba la esperanza de que no la habrian conocido; esto la di  fuerzas para seguir escuchando; mas no para sostenerse, porque el temblor convulsivo que agitaba su s r, dobl  sus piernas y tuvo que buscar apoyo en una columna del salon para no caer en tierra desplomada.

—No par  aquí todo, continuó la máscara: les estorbaba todavía la inocente hija del marqués, niña de doce años, porque heredaba el título y la fortuna de su padre; en tal caso, convinieron en asesinarla tambien, aprovechando el desórden que reinaba en aquel dia fatal, ocasionado por la horrible mortandad que producía la epidemia y por el tumulto del pueblo amotinado, que saciaba su sed de venganza en los infelices frailes. Al efecto, la encerraron en su gabinete de tocador, que era una pieza pequeña con una reja al patio y una sola puerta, la que se cerraba por la parte de afuera. Di ronla un vaso que contenia el veneno, intim ndola   que lo bebiese voluntariamente,   en otro caso emplearian la fuerza, como acababan de hacer con su padre.

Alejandrina se lo prometió; entonces se retiraron los verdugos, dejándola encerrada y sola en toda la casa, marchándose ellos   consumir otro cr men que les salió fallido, porque los huérfanos de Alvarez Leal,   quien buscaban, habian desaparecido.  No es cierto, señores mios? pregunt  la máscara   sus interlocutores, que sin conciencia ya de su situacion, contestaron:

— Es verdad!

—En este caso, confesareis que os causó un asombro completo cuando volvisteis á buscar   la pobre víctima que quedó encerrada en el gabinete y os hallasteis que habia desaparecido milagrosamente, porque la puerta estaba cerrada por fuera; por la reja no pudo salir, y en la casa no habia nadie que pudiera sacarla.  No es cierto?

Esta vez se contentaron con encojerse de hombros: iban perdiendo hasta el uso de la voz.

La implacable máscara continuó con su sardónica sonrisa:

—¿Habeis enmudecido? ¡qué lástima!.... pero voy á proseguir, porque eso no os evitará escuchar el resto de mi verídica historia. —Alejandrina se salvó de vuestras manos, y como era una niña que nada podia hacer contra tan poderosos enemigos, tuvo á bien alejarse de la corte, dejando en paz á sus caros tios por espacio de quince años. Ellos á todo trance quisieron que pasára por muerta, pues de otro modo no podian heredar sus cuantiosos bienes, y se les ocurrió una idea muy peregrina; ¿á qué no la adivinais? exclamó la cartaginesa volviéndose hácia la multitud de personas que la escuchaban.

—¡Oh! ¡no es posible!.... pero tú nos la dirás; ¡estás haciéndonos pasar un buen rato! la contestaron varios.

—Pues bien: la hicieron pasar por muerta; pusieron en un ataúd una figura de cera, muy bien hecha y que representaba una niña de doce años, parecida á la prófuga Alejandrina!....

—¡Jesús!.... ¡qué diabólica invencion!.... exclamaron todos.

Mientras que la marquesa y sus compañeros de crímenes se agitaban temblorosos, medio caidos ya en un divan, porque no habian podido continuar en pié.

—Ya veis si tuvieron talento; mas no se les ocurrió que Alejandrina volveria alguna vez á recobrar su título, á vengar la muerte de su padre y á desenmascarar á los malvados que hoy pasan por personas honradas y que debian llevar el sello de los criminales. ¿No es verdad, señora marquesa de Blancarosa? Vamos, ¡levante V. ese rostro!.... ¡si no le abate la vergüenza!.... Usted que tan amiga es de nombradía, no se quejará, pues esta noche corre su nombre por todo Madrid de boca en boca, refiriendo y comentando las tres historias de que es V. la heroina, y que han sido publicadas por tres diferentes máscaras; la dama del tiempo de Luis XV, la dogaresa veneciana, y la cartaginesa, que sin remordimiento os arranca la máscara, acusándoos de infames y de asesinos.



Al decir esto, Blanca, con un magnífico rasgo de indignación, arrancó del rostro de la marquesa el antifaz de terciopelo.

En aquel momento dieron las dos; varios ugieres empezaron á repetir en alta voz de salon en salon:

—¡Las dos, señoras! ¡las dos! ¡abajo las caretas!

Cristina, viéndose irremisiblemente perdida y objeto de la burla general, exclamó en un arranque de rabiosa cólera:

—¿Y tú quién eres?... ¿con qué derecho me acriminas?...

La bella cartaginesa con muchísima calma se descubrió, apareciendo llena de magestad y radiante de hermosura.

—¡Yo soy Alejandrina!... dijo con sonora voz: en Madrid me conocen por Blanca la Etranjera, porque no me convenia descubrir mi nombre hasta tener la seguridad de que vuestro crimen sería castigado.

—¡Oh! ¡ella! ¡Dios mio!... gritó la marquesa cayendo desmayada.

—¡Oh! ¡el ángel de mis sueños!... ¡mi único amor!... exclamó el marqués arrodillándose y contemplándola con estática adoración.

Don Severo habia desaparecido.



## CAPITULO X.



## La Fuga.



**M**IENTRAS ocurrían las anteriores escenas en el palacio de Alejandrina, así continuaremos llamándola, puesto que este es su verdadero nombre, otras no menos interesantes tenían lugar en el gabinete de Cristina, la hija mayor de los marqueses de Blanca-rosa.

■ Serían las doce de la noche cuando se hallaba la jóven muy afanada, empaquetando en una maleta todas sus ropas, sus alhajas y cuantos objetos de algun valor encontró en las habitaciones de sus padres y de su hermana.

Tenia puesto un elegante traje de camino; sobre una mesa se veían el abrigo y el sombrero, y mas allá, en notable desórden, varios objetos que arrojó con desden, no creyendo conveniente llevarlos.

Encima de un lujoso secreter de palo santo, había una carta abierta, que se conocía, por la tinta húmeda aun, que acababa de escribir la jóven.

Como el novelista, á fin de comunicar detalles exactos á sus lectores, tiene el privilegio de inspeccionarlo todo, sin que pueda reprobarse ninguno de los medios que emplea, nos está permitido acercarnos y leer aquella carta, que dice así:

«Madre mia: perdona si te engañé pretestando una indisposicion por no asistir al baile: necesitaba tu ausencia para continuar mis preparativos de viaje. Sí; no te asombre: abandono la casa paterna, segun lo ha hecho ya mi hermana Tránsito, no sé si con igual motivo que yo; á mí me precipita fuera de ella la fuerte voluntad de un hombre que me ama y al que correspondo con el mismo ardor.

» ¡Ah! no es fácil detenerse en una pendiente resbaladiza, cuando ya se ha empezado á descender. Asi me ha sucedido, que aprovechando la libertad que nos concedes, he abusado varias veces, saliendo de casa muchos dias y muchas noches, acompañada casi siempre de una doncella. Sobre todo en el Carnaval no perdí un baile de máscara; ¡me aburría tanto en esta soledad!.... y es tan hermoso aquel bullicio, aquella libertad que presta la careta!.... ¡me hallaba tan en mi centro!.... que nunca he podido resistir á sus atractivos. En uno de estos bailes conocí al hombre que hoy me hace olvidar todos mis deberes y me lleva tras sí, ignoro dónde; quizá muy léjos. Por ahora el término de nuestro viaje será Italia. Adios, madre mia; no me acuse V. de ligereza: sigo los impulsos de mi corazon, y voy á realizar el sueño hermoso de mi vida; voy á Italia, á la patria de los grandes artistas, que deseo admirar embriagándome bajo su poético cielo.

» Disculpe V. mi determinacion, alcanzando el perdon de mi padre y concediéndome el suyo, que anhela y espera su amante hija  
*Cristina.*»

Esta carta, que anunciaba la imprevista fuga de su hija, debia ser para la orgullosa marquesa un nuevo dardo que la hiriese en medio del corazon.

Se veria castigada por su propia falta; el crimen que ella cometi6 en su juventud, abandonando el techo paterno por seguir á Pedro Torres, veíale reproducido en su hija, no porque ésta hubiera

seguido su ejemplo; pues ignoraba completamente la historia de su madre; sino por esos inesplicables arcanos de la Providencia, que á veces concede el castigo en la propia falta.

La marquesa iba ya recogiendo los amargos frutos de sus crímenes; nada queda en el mundo sin castigo, y el suyo debía ser doblemente cruel, porque su culpa era inmensa; fué mala hija, mala esposa y mala madre; dejando que sus hijos por su mala educación se familiarizasen con los vicios, y caminando por la senda del mal, llegasen un día al horrible precipicio donde les conducía su ceguedad; abriendo entonces los ojos, no para retroceder, pues esto es imposible; sino para maldecir á su madre, que no supo ó no quiso mostrarles la senda de la virtud y del trabajo.

Desde que las niñas, lo mismo Tránsito que Cristina, salieron del colegio, gozaron de una completa libertad, abandonadas á sus instintos, á sus pasiones, sin guía y sin razón. ¿Qué tiene de particular que con semejante régimen Cristina se pervirtiera? Nada; lo que sí es muy extraño que Tránsito en medio de aquella atmósfera corrompida, conservára su inocencia y su virtud sin el mas leve detrimento. Esto consiste en que casi siempre influye en el destino de las criaturas su índole especial, sus inclinaciones desde la niñez.

Cristina, heredando los instintos de su madre, se dejó llevar de su pernicioso impulso, y fué mala como de todos modos lo hubiera sido aun encerrada en un convento.

Tránsito, por el contrario, dotada por el cielo de sentimientos nobles y generosos, tenía necesariamente que seguir la senda del bien, el camino de la virtud, único que convenia á la sublimidad de sus ideas y á la grandeza de su alma.

Empero basta de disertaciones, y contemplemos, lectoras mías, la actividad de Cristina por tener su equipaje arreglado para cuando sonase la señal que debía anunciar la proximidad de su amante.

Por el temor de llegar á ser descubierta, no quiso participar su proyecto á sus doncellas y las despidió, quedándose sola, para hacer sus preparativos.

Por fortuna nadie habia en la casa que hubiera podido inter-

rumpirla; sus padres estaban en la colonia de Santa Clara, y su hermano también salió por la tarde resuelto á no volver á la casa, quizá en mucho tiempo.

La noche estaba serena, dulce y apacible, si bien oscura; lo cual era favorable para los enamorados.

Cristina concluyó su arreglo; se puso el abrigo y el sombrero, saliendo á la galería que tenía ventanas al jardín. En aquel momento varios relojes de Madrid dieron la una. Apenas resonó la última campanada, se abrió la puertecilla falsa, y un hombre embozado en una ancha capa penetró en el jardín.

—¡Él es!... murmuró Cristina apartándose de la ventana para salir á su encuentro.

El embozado, avanzando en silencio por entre una calle de árboles, llegando al pié de la escalinata donde ya la jóven le aguardaba sonriendo.

—¡Eres tú, mi querido Temistocles!... exclamó con seductor acento.

—Sí, bien mio: yo soy; ¿me aguardabas impaciente? dijo el embozado apartando la capa para estrechar las manos que le ofrecía su amada.

—¡Ah! sí; con bastante ansiedad esperaba tu venida: mira, ya es la una, y temo que mi madre, cansada del baile, se venga y destruya con su presencia nuestro plan.

—No temas; ya está todo preparado: en la esquina nos aguarda una silla de posta; el equipaje, los pasaportes, todo lo tengo corriente, solo faltas tú!...

—Y estoy á tu disposición, dijo Cristina concluyendo el pensamiento de Temistocles.

—Entonces, adelante; venga tu maleta; yo la llevaré; pues no he querido que penetren hasta aquí ninguno de mis criados.

—¡Ay! ¡pesará mucho!... he recogido cuantos objetos de algun valor pude hallar á la mano.

—Bien hecho; ese ha de ser tu dote; y además que hasta que yo entre en posesion de mi herencia, hemos de pasar algunos apuros.

—¡No importa!.... luego en cambio tendremos riquezas sin cuento; nos casaremos en llegando á Venecia, y al tomar posesion del Ducado, ya seré tu esposa, y puesto que me amas tanto, serás feliz al verme eclipsar con mi arrogancia y mi fausto á todas las venecianas. ¿No es verdad, amado mio?

Cristina, diciendo esto con acento de indefinible coquetería, anudaba delante de un espejo las cintas de su sombrero, de modo que formasen debajo de la barba un gracioso lazo.

—Sí, mi hermosa Cristina; no las eclipsarás solamente con tu esplendidez, con tu lujo; sino con tu belleza, con tu talento, y sobre todo con tu magnífica voz y tu precioso método de canto. Allí, que es la cuna del arte, te perfeccionarás indudablemente, y cuando vuelvas otra vez á Madrid, será una notabilidad.

—¡Oh! ¿todo tu gusto es que yo cante? Parece que te has enamorado de mi voz, mas que de mí.

—Te lo confieso: me gusta mucho; y los laureles que adquieras como cantante, me serán mas gratos, que los que pudieran proporcionarte la esplendidez y la elegancia, porque serán mas legítimos.

—Eso es; y siendo yo una duquesa, voy á estar siempre cantando; bastante tendré con el cuidado de mis parques, mis ricos palacios, mis innumerables posesiones;.... pues todo esto me has ofrecido para en llegando á Venecia, ¿no es cierto?

—Ciertísimo; ya has visto las cartas en que me anuncian que el pleito se ha sentenciado á mi favor, y solo se espera mi presencia para ponerme en posesion.

—¡Pues vamos!.... ya tarda en llegar esa soñada fortuna.

—En marcha; ¿no te queda ninguna cosa que recoger? preguntó Temistocles, cargando con la maleta.

—No, todo vá guardado; en esta bolsa guardo cuatrocientos duros en oro, que he podido recoger.

—Dámelos: pudieras perderlos; y esos candeleros de plata tráetelos tambien; no nos vendrán mal.

—Y que tienes razon; pero no sé dónde ponerlos....

—Aquí, en los bolsillos de mi gaban, que son inmensos.



—Tómalos, y sal pronto, que nos quedamos á oscuras.

En efecto, bajaron al jardín, atravesando la calle de árboles y saliendo á la calle.

La ingrata jóven, cuyo egoista corazon no abrigaba ni un sentimiento generoso, no hizo ni una sola exclamacion de ternura ó de dolor al dejar la mansion de sus padres, la casa donde se mecieron risueños los dulces dias de su niñez.

Cerró con la mayor serenidad la puertecilla, y dando la llave á Temistocles, le dijo:

—Arrójala por encima de la tapia.

Segun éste habia dicho, una silla de posta les aguardaba en la esquina. Montaron, y el cochero, recibiendo las instrucciones convenientes, puso los caballos á un trote largo, encontrándose á poco tiempo fuera de Madrid.

Cuando pasaron cerca de la colonia de Santa Clara, un coche se cruzó con el suyo. Era el que conducia á la infeliz marquesa y á su esposo.

¡Cuán agenos estaban de creer que allí iba la única hija que habia quedado con ellos!....

Tambien aquella tarde Clodomiro, cuando la borrascosa escena que promovió el importe de las alhajas empeñadas, salió á la calle furioso, sin saber en verdad dónde dirigir los pasos. Hizo la casualidad que se encontrase manos á boca con doña Irene.

—¡Don Clodomiro! ¡Don Clodomiro! le gritó la vieja; no se pase V. así, sin hablar á las personas que le quieren.

—¡Déjeme V. por Dios, estoy furioso!

—¿Pues qué le ha sucedido? sabe V. cuánto le queremos, y que tanto mi hija como yo tendremos un placer en mitigar sus penas.

—Acabo de incomodarme con mi mamá, y no vuelvo mas á casa; me marchó al extranjero..... á Ultramar; ¡qué sé yo dónde!...

—¡Ay! ¡no por Dios! no se vaya V., señor marqués, gritó doña Irene aterrada ante la idea de que su hija perdiera tan buen partido.

—Ni media hora permanezco en Madrid, dijo el jóven con resolucion.

Aquí fueron los apuros de la vieja casamentera; no sabía cómo hacer para detenerle, comprometiéndole de tal modo, que se casara con Atilana. Por fin se le ocurrió una idea salvadora.

—Quisiera V. venirse con nosotras á una casa de campo, cerca de aquí...., le dijo; nos divertiremos mucho; tendrá V. caza, pesca; y mientras tanto, pasará ese nublado y su señora madre volverá á ser para V. tan tierna y cariñosa como siempre.

—¡Qué me place!.... ocho dias, con Atilana en el campo: será un bello idilio, desde luego.

—¿Acepta V.? exclamó con alegría la vieja.

—Con mil amores; siempre que la partida sea esta tarde.

—Mejor sería dejarlo para mañana....

—¿Por qué? ¿Hay algun inconveniente?

—Por asistir esta noche al baile que dá la Estranjera en su colonia.

—¿Qué nos importan los bailes? Nada, nada; ahora, ó esta noche, salgo en el correo para Francia.

—¡Jesús!.... ¡Jesús!.... ¡qué vivo de genio es V., válgame Dios!.... señor marquesito.... ¡Oh!.... bien digo yo en decirle á mi hija que es V. una pimienta. Esta mañana, apenas V. se marchó de casa, llegó ese príncipe italiano que quiere casarse con mi Atilana....

—Pero déjese V. de cuentos, señora; si nos vamos pronto á preparar el viaje.

—Sí, por cierto; mas tambien es conveniente que V. me oiga, porque el asunto le interesa.

—¿A mí? ¡Usted está loca!

—No, señor; es que ese señor príncipe quiere á mi Atilana, y si sabe que nos vamos al campo, irá tambien.

—Vaya.... vaya.... ese señor príncipe del Mendrugo; será un bellaco á quien cortaré las orejas si le ocurre ponerse en mi presencia.

—No se llama Mendrugo.... Usted se ha equivocado. Es el príncipe de Flui.... Flotor.... ó Flitir.... no sé cómo; es tan raro su título, que nunca acierto á pronunciarle.

—Le llamaremos Mendrugo, y se acabó; no hay mas que hablar; vaya V. corriendo á prevenir á Atilana, y antes de media hora estoy allí con un coche.

—¡Jesús!... ¡qué pólvora! ¡no nos dará tiempo siquiera..... para arreglar el equipaje! exclamó doña Irene, gozosa porque ya creia asegurado el novio de su hija.

—Y á propósito, dijo el jóven deteniéndola: ¿dónde está esa quinta? ¿es muy léjos?

—No, señor, á dos leguas escasas; pronto llegamos; y luego allí vamos como á nuestra casa; aunque es de un amigo mio, en ella mando yo en jefe; no se obedece mas voz que la de doña Irene, su muy humilde servidora: ¿está V.?

—Estoy enterado; no queria saber tanto.

—Entonces, hasta despues.

—Adios, señora; que todo esté listo; porque antes de media hora estoy allí; y no las deajo respirar.

—Lo creo; lo creo.... pero no faltaremos, añadió doña Irene.

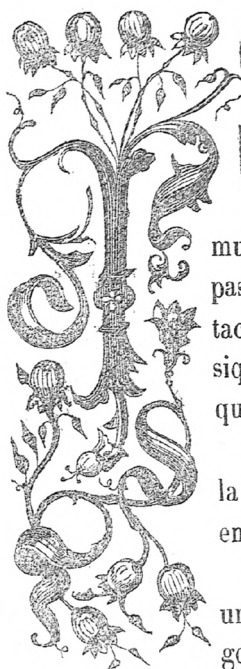
Clodomiro se marchó por otra calle á buscar el coche, cumpliendo su palabra con exactitud admirable; tanto, que una hora despues salian por la puerta de Bilbao con direccion á Fuencarral, donde se hallaba la quinta.



## CAPITULO XI.



## Comienza la expiacion.



**S**ERIAN las tres de la tarde. La marquesa de Blancarosa estaba en su gabinete, donde se encerró en la madrugada del mismo día al volver del baile. Anonadada, trémula, sin poder darse cuenta de lo que le había pasado, llegó á su casa, se dejó caer en una butaca y permaneció largas horas sin ocurrírsele siquiera quitarse el traje de española antigua que llevaba puesto.

Ninguna doncella entró á desnudarla; tampoco la llamaron para almorzar ni la interrumpieron en su larga y profunda meditacion.

Un reloj de sobremesa dió las tres; una por una las campanadas fueron resonando como un golpe de martillo en el corazón de la marquesa.

Al escuchar la postrera vibracion, alzó la cabeza despertando de aquel extraño letargo.

—¡Las tres!.... murmuró, y aun me encuentro en este traje; pero ¡Dios mio! yo no sé qué me ha pasado..... he visto á Alejan-

drina..... que, fiera y amenazadora, rodeada de una pompa régia, me pedía la vida de su padre!.... ¡ay! ¡cuán léjos estaba de mi mente tan ruda verdad!.... ¡Ella!.... venir á recobrar sus derechos despues de tantos años, cuando habíamos llegado á esperar que no volveria!.... Pero ¿qué vá á ser de nosotros?.... anoche se hizo pública nuestra historia; hoy seremos el tema de todas las conversaciones de Madrid, y esa aborrecida criatura hará que nos prendan..... ¡prendernos!.... ¡ir á una cárcel!.... ¡esto es horrible!.... vámonos antes que vengan..... sí, sí, vámonos!.... ¡Alvaro!.... ¡Cristina!... ¡vámonos, vámonos de aquí!... gritó la marquesa fuera de sí, abandonando el gabinete y recorriendo toda la casa como una loca.

A nadie encontró; solo un anciano criado que hacía las veces de mayordomo, estaba sentado en la antesala con los brazos cruzados y la cabeza baja, denotando en sus facciones la afliccion que le consumia.

La marquesa se acercó á él y le preguntó:

—¿No hay nadie en esta casa?.... llamo y no me responden.

—Corrió la voz de que la justicia vendria en breve, apoderándose de cuanto encierra el palacio, porque pertenece á otro dueño; y al saberlo, todos los criados huyeron; yo solo quedé para entregar á V. las llaves: aquí están.

El anciano criado se las entregaba; pero la marquesa, sin escuchar mas, se precipitó en el cuarto de su marido, llamándole con gritos descompasados; nadie la respondió: el marqués no estaba en su cuarto.

Salió desesperada y fué á las habitaciones de Cristina, las recorrió una por una, miró por las ventanas á ver si estaba en el jardin; tampoco halló á su hija. Vió el escritorio abierto y una carta de letra de ella; la leyó. El corazon queria saltársele del pecho; tal era su agitacion.

—¡Tambien me abandona!.... ¡Oh! ¡todos!.... ¡todos!.... exclamó despues de leerla, estrujándola con furor entre sus manos. ¡Ah! ¡veamos si tambien Clodomiro ha seguido su ejemplo! dijo bajando al jardin precipitadamente.

Se dirigió al pabellon donde Clodomiro habitaba; al pasar por una calle de árboles, encontró en el suelo la llave de la puerta falsa, que Temistocles arrojó la noche anterior por encima de la tapia; sin saber por qué, obedeciendo á un instinto de su corazon, á un presentimiento quizá, la recogió y continuó su camino. Las habitaciones de Clodomiro estaban en un espantoso desórden; la marquesa, que rara vez entraba allí, se quedó sorprendida al encontrar en un gabinete una mesa de juego con las barajas encima y las sillas aun de los jugadores en los sitios que habian ocupado.

En otro gabinete se veian las señales evidentes de una horrible bacanal; los restos de una cena suntuosa atestiguaban esta triste verdad, con mas otras señales que no dejaban duda; tal eran un abanico, algunos guantes de señora, ramilletes de flores y agujas de la mantilla, que habian quedado sobre las sillas.

Los muebles en desórden, los cajones abiertos y esparcido sobre las mesas cuanto contenian; en fin: un verdadero campo de Agramante. Hasta dos floretes atestiguaban que se habian estado batiendo, por broma en verdad; pues de otro modo no hubiera sido el duelo en aquel sitio.

La marquesa, despues de inspeccionarlo todo, se sentó con aire abatido contemplando aquel desórden.

El viejo criado de que hemos hecho mencion hace poco, llegó con precipitacion sin poder apenas respirar.

—¡Señora! ¡señora! gritaba el pobre hombre.

—¿Qué hay?.... ¿qué tienes?

—¡La justicia!.... ¡La justicia busca á V. E. y al señor marqués!.... exclamó todo azorado y convulso.

—¿Y le han encontrado?

—No, señora; salió esta tarde, y no ha vuelto.

—Bien: aguárdale en la calle y que no suba; sálvale; ya te recompensaremos, dijo la marquesa alterada.

—Pero y V. E. ¿qué hará?

—¡Yo me voy por la puerta falsa!.... por fortuna tengo aquí la llave..... Anda, sube arriba;.... entretenlos; dí que estoy vistiéndome; el caso es ganar tiempo para que yo pueda escapar.



—Sí, sí; tiene razon la señora; voy al momento.

El criado echó á correr con toda la agilidad que le permitian sus piernas de cincuenta abriles. Y la marquesa, sin pensar mas que en salvarse de las garras de la justicia, salió á escape por la puerta falsa, teniendo sin embargo la prevision de cerrar con llave y llevársela, tanto para entrar otra vez, si así le convenia, como para evitar que la siguiesen por aquel sitio.

Aunque era un poco estraviado el barrio aquel de la calle del Rosario, donde se hallaba situado el palacio de Blancarosa, no por eso dejaban de transitar algunas personas que miraron con estrañeza el trage de española antigua que vestia Cristina, el desórden de ésta, que llevaba la cabellera tendida, la cabeza descubierta y su creciente agitacion.

Los transeuntes la saludaron con carcajadas de burla, llamándola loca; y los chiquillos la siguieron con estrepitosa algazara, arrojando á su magnífico vestido de terciopelo, pedazos de lodo que recogian de la calle.

Ni un coche atravesó por aquellos sitios solitarios, ofreciéndola un cómodo refugio; los de las tiendas, al sentir el ruido, salian á la puerta, uniendo sus sarcasmos á la general rechifla, y en los portales no se atrevia á meterse, porque la hubieran seguido indudablemente sus implacables perseguidores.

Sofocada, sin aliento y cayéndose de necesidad, porque no habia comido desde el dia anterior, siguió con paso acelerado por la calle de Embajadores, con ánimo de salir al campo, donde siquiera el escándalo no sería tan grande como en las calles de Madrid. Pero la fué imposible; tanto se agruparon las gentes, que la cercaron por todos lados, sin dejarla ir ni á un lado ni á otro.

—¿Qué es eso? ¿qué es eso? gritaban las gentes.

—¡Una loca, que se ha escapado de la jaula! decian.

—¡Vaya un trage que lleva! decia uno.

—¡De máscara! repetia otro.

—Pues aun no ha llegado el Carnaval, esclamaba un tercero, continuando todos haciendo comentarios y riendo con las mil bromas y chistes que se les ocurrían.

La infeliz Cristina no pudo sufrir mas y cayó en tierra, atacada de una convulsion nerviosa.

Fué á caer precisamente en el umbral de la casa que habitaba fray Severo. La tia Lentejas, que estaba en el balcon contemplando desde hacía un rato aquella escena estraña, bajó en seguida, y abriendo la puerta de la calle, pues como no habia en la casa mas vecino que ellos, la tenian siempre cerrada, hizo retirar á la multitud, que contemplaba impasible á Cristina sin socorrerla, y metiéndola dentro, cerró la puerta, exclamando con ira mientras ejecutaba aquella operacion:

—¡Se habrá visto los infames! se están mirando con tanta calma á la pobre señora y no se les ocurre socorrerla!.... ¡Vayan en hora mala! y si quieren divertirse, què contemplen ahora la cara de palo que les presento en igual de la pobre señora.

La tia Lentejas, que en medio de todo, era compasiva, llamó al criado, y entre los dos la subieron al cuarto principal; entráronla en el cuarto de D. Severo, y colocándola en su propia cama, la prodigaron toda clase de auxilios, hasta que consiguieron hacerla recobrar el conocimiento.

La oficiosa vieja la desabrochó el vestido, la recogió el cabello y procuró por cuantos medios estuvieron á su alcance calmar su cruel estado de escitacion.

Marciana, que había oido todo aquel ruido, se presentó á ofrecer sus servicios, no imaginándose ni remotamente que aquella dama fuese la opulenta marquesa.

—Llegas á tiempo, querida Marciana, exclamó la tia Lentejas; ven, ayúdame; ¡pobre señora! ¿has visto, muger, qué gente mas mala? Pues no venian apedreándola con mil insultos, con mil improperios, sin compadecerse aunque la veian desfallecer!....

—¡Calla!.... ¿qué miro?... ¡si es la marquesa de Blancarosa!... exclamó Marciana con asombro.

—¡La marquesa!.... ¿estás cierta?... dijo la tia Lentejas.

—Es claro: como que la he visto mas de cien veces.

—Lo que me ha chocado es esta cicatriz que tiene en la oreja izquierda, porque me recuerda á cierta dama....

—A la de Carabanchel.... ¿eh?....

—Justamente; la tuve en mi casa, donde dió á luz un niño, y por cierto que me pagó mis servicios bastante mal.

—¿Dejándote por puertas?....

—¡La infame!.... ¡Oh! ¡por ella me veo sirviendo á un amo! Como fuera ésta..... la aseguro que mi venganza sería completa..... murmuraba la vieja con creciente cólera examinando detenidamente á la desmayada señora.

—¡Quién sabe! acaso sea ella, dijo Marciana; tú la debes conocer; pues aunque hayan pasado muchos años, siempre la fisonomía es la misma.

—¡Qué! no lo creas; ¡si yo nunca la ví la cara!

—¿Cómo así? dijo con sorpresa Marciana.

—Porque siempre la tuvo tapada. Se pasaba los dias enteros encerrada en su cuarto, y cuando la servia la comida, se escondia ó se echaba un velo tan espeso, que era imposible distinguir ni una sola de sus facciones.

—¿Pero notarias alguna señal?

—Una, semejante á la que tiene esta señora en la oreja izquierda, y además tenia el pelo cortado: eso lo descubrí un dia por casualidad.

—Pues mira: el modo de que sepamos si es ella, es que cuando vuelva de su desmayo, la hables con toda confianza, como si fuerais antiguas conocidas.

—¡Qué cosas tienes, muger! eso no lo hago yo; es imposible; ¿cómo una señora marquesa de tan alto rango habia de ser aquella picaronasa que me robó hasta el último maravedí, dejándome á pedir limosna?

—¡Si vieras cuántas cosas parecidas se ven en el mundo!.... y en esta pájara no lo estrañaria; ¡es dama de historia!....

—¡Qué me cuentas!.... casi me haces dudar.....

—Casi apostaria que la justicia ha ido á prenderla, y sin tiempo para desnudarse, ha escapado con el traje que anoche llevó al baile que dió en la colonia de Santa Clara la condesa Blanca.

—Acaso no te engañes.

—No puede ser otra cosa, á no haberse vuelto loca, y eso no lo creo; pero hagámosla volver de su desmayo; ¿tienes alguna esencia fuerte?

—Sí, aquí hay un frasquito que usamos el otro dia para fray Severo, porque tambien se nos desmayó cuando se encontró con el duende dentro de su cuarto, sin saber por dónde habia entrado.

—¡Pobre hombre!.... ¡vió un misterio tan grande en una cosa tan sencilla!.... Cuando solo con apartar ese cuadro, hubiera descubierto la puerta secreta que comunica con mi sala.

—¡Calla!.... ¡parece que respira mas fuerte!....

—Ya vuelve; trae agua: la rociaremos el rostro, dijo Marciana.

La tia Lentejas, buscando un vaso sin encontrarle, exclamó:

—Pero, muchacho: ¿dónde te has ido? ¡Trae un vaso de agua! ¡se habrá visto semejante mameluco, dejarnos solas!....

—Yo creí no hacer falta, *siñora Lentejos*, dijo el gallego apreciando con el agua.

—Dame y vete, gallego de Satanás, exclamó la vieja.

—¡Vaya la siñora!.... no soy de Satanás; soy de Santiago, exclamó el fámulo en tono ofendido, alejándose sin dejar de refunfuñar.

Cristina empezaba á recobrar sus sentidos. Las dos mugeres se habian puesto una á cada lado de la cama.

La habitacion estaba muy clara, sin embargo de que la tarde iba declinando, porque los últimos rayos del sol poniente la iluminaban por completo.

—Vamos, señora: recóbrese V.... ya no la persiguen; hemos despedido á esa chusma que la asediaba, y no tiene nada que temer! exclamó Marciana con dulce acento.

—¡Ay! ¿dónde estoy?.... no sé lo que me pasa! dijo Cristina suspirando.

—Está V. entre amigas, entre personas que no la harán mal; ánimo V. ¡vamos, un esfuerzo!

Marciana, al decir esto, procuraba levantar la cabeza de la dama; empero ésta, dejándola caer otra vez sobre la almohada, exclamó con voz desfallecida: